

El Baluarte

Inscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7-50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 167.

Sevilla.—Lunes 23 de Julio de 1900

AÑO XXIV.

Sr. Director de la Revista Interplanetaria EN LA LUNA

110

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rige el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

EL FIN DEL MUNDO (en 999)

La Historia Sagrada, escrita por los hebreos y admitida primero por los cristianos y luego por los católicos (apóstata del cristianismo), es obra santa, sin duda alguna; pero obra plagada de absurdos, inmoralidades y exterminios. Tan absurdo es, que en ella aparece Dios, el mismo Dios personificado, bramando de cólera y destruyendo su propia obra. Se había equivocado, y lo confesaba.

Pues bien; aquel historiador, ó historiadores, nos cuentan modestamente que su obra fué dictada por Dios. Ellos sólo pusieron el trabajo material. Entre las revelaciones descuella el juicio final, el fin del mundo terrestre.

De los demás millones de mundos que pueblan el espacio infinito, nada dice la historia. Tantos mundos, aunque Dios los revelase, no cupieron, sin duda, en las cabezas de aquellos escritores, y los omitieron; como omitieron también, por la misma razón, la América y la Oceanía.

No se fijó la fecha de tan terrible acontecimiento, y la frailería católica se encargó de fijarla en el año 999 de la Era cristiana. Los tres nuevos era número fatídico, y su conjunción debía producir la inaudita catástrofe. No se dijo, sin embargo, á dónde irían á parar los escombros.

Debemos advertir de paso, que la iglesia católica romana hizo tabla rasa en sus dominios del tiempo pasado, y empezó á contar desde el nacimiento de Cristo. Pero como los hijos de esta iglesia (padres dicen aquí) son tan virtuosos en virtudes, y tan sabios en el saber, dividieron el año en doce meses: unos más cortos y otros más largos, como las picotillas de Burgos. Y como enemigos de la lógica, no tomaron por base, como es de sentido natural, la entrada del sol en los signos del Zodiaco. Los mahometanos, más lógicos, dividen el año en lunas.

Pero no fué esto sólo; sino que, contándose el tiempo por años, y éstos desde 1.º de Enero á fin de Diciembre, resulta que la Era cristiana no empieza con el nacimiento de Cristo, ni Cristo que lo fundó.

La fecha fatal se aproximaba, y la frailería de entonces, tan malvada como ignorante, y tan ignorante como malvada, como la que actualmente padece España, se encargó de decir á los fieles que era llegada la hora de redimir los pecados y de adquirir en subasta un buen lugar en la Gloria.

Los que creían que la clerecía estaba en relaciones directas con el Dios de la Creación entregaban sus bienes á las comunidades, y éstas los alimentaban con la clásica sopa, en la que entraba y entra de todo menos aceite y pan de trigo. Otros, por el contrario, preferían morir en medio de los deleites, y se entregaban á toda clase de excesos. Nadie trabajaba; y si lo hacía alguno, que no creía en patrañas, era atropellado ó asesinado por los demás. Fué aquello una huelga contra la vida.

Los campos no producían por falta de cultivo; los cadáveres no se enterraban; la higiene se abandonó por completo, y el hambre y las pestes se propagaban como voraz incendio, siempre creciente, á medida que se acercaba la fecha anunciada por los siervos del Señor.

La ansiedad era terrible; se contaban los años, los meses, los días, las horas, los minutos, los segundos...

Pasó la noche del 31 de Diciembre del 999, y amaneció el nuevo día del nuevo año, con un sol espléndido y radiante, cual solemne protesta á tanta maldad y á tanta ignorancia.

Los ricos se vieron sin sus bienes, y todos en la mayor miseria y envueltos entre toda clase de enfermedades. C. marcas enteras quedaron

desiertas, especialmente en Francia; y poderosas, en cambio, las comunidades.

España se libró de tantos males merced á la providencial ocupación de los mahometanos, que estaban entonces en su mayor apogeo.

Pero la clerecía, machos y hembras, no se intimidó con el fracaso, y siguió asegurando á sus borreguitos y borreguitas que el fin del mundo estaba decretado por Dios; pero que ellos, aunque representantes del Altísimo en la tierra, se habían equivocado, no en lo esencial, sino en lo accidental; y que el nuevo siglo que nacía moriría como Cristo, al año 33 de su nacimiento.

Y continuó la ansiedad, el hambre, la miseria, los ayes, las pestes, las orgías, el desenfreno... Y el clero y las comunidades sin soltar su presa.

¡Y aún la Unión Republicana, consigna en su manifiesto que sostendrá el Estado, las congregaciones dedicadas á la enseñanza y á la caridad!...

¡Buena enseñanza y buena caridad te dé Dios mientras esas comunidades dependan del Vaticano, mientras sean extranjeras!

¡Y buena República!
La Tierra y Madrid, 1900.

MERCURIO.

Murmuraciones

Ayer dicen que hubo elecciones de diputados provinciales en Sevilla.

Y debe de ser cierto, porque los periódicos noticieros—con toda esa formalidad que Dios y Mencheta les han dado—nos dicen que se emitieron 6,000 votos.

Hay un error en esa noticia. Y es que no deben decir se emitieron, sino se remitieron.

Por las puertas de los colegios electorales no entraron otras personas que aquellas que tenían á su cargo la representación del sánete.

No obstante, los diputados esos que ayer salieron con su nombramiento de contrabando, sin otra sanción que la de los señores escribientillos, figurarán en la Comisión permanente y cobrarán sus respectivas dietas de cuatro duros.

Y los verá uno en la calle, tan empingorotados, tan serios, tan diputados, y... con sus veinte pesetas en el bolsillo.

Y les dirán al saludarlos:—Vayan ustedes con Dios. Y aquí no ha pasado nada. Todos tan caballeros y tan respetables. ¡Válgame Dios y cuánta mentiral!

El ministro de Marina sale á visitar la escuadra, compuesta de cuatro botes, una chalupa y dos lanchas. Veinticinco generales nos dicen que le acompañan... Tengo ajustada la cuenta de los sueldos que ellos ganan, incluyendo capitanes y demás héroes de ancla, y la cantidad que cobran, si esta mi cuenta no marra, suma veinticinco veces el valor de nuestra escuadra. Trabajemos con abinco por sostener esta patria, patria del Cid y Pelayo, patria grande, patria amada, patria...—Chico, ¿quieres darme una poquita de agua?

En su número de hoy cuenta *El País* lo siguiente:

«Nos han referido que en una conferencia habida entre cierto sacerdote suspenso y perseguido que se muere de hambre porque no es reo de ningún delito (¡cuántos lo son y comen á dos carrillos!) y el secretario de Cámara señor Alcólea, éste hubo de tratarle con el desprecio que acostumbra, y como aquél le representara su estado de miseria, pues parece que vive de caridad, y muchos días del rancho de los cuarteles, el secretario, coloradito y rechoncho, que disfruta tres destinos, todos grandes, hubo de decirle con la mayor frescura:

—Haga usted lo que hacen los curas franceses cuando se ven sin recursos por hallarse suspensos, meterse á cocheros; también puede usted llevar costales al río...»

¡Qué humildes, qué varones tan santos y virtuosos son todos estos señores ministros de Dios en la tierra!

Y apropió-ito. Un colega de Barcelona publica esto, que es curiosísimo:

«Debido á la avaricia dominante en la curia, permítase que vivan amancebados frailes exclaustrados que no pueden satisfacer los gastos de la dispensa de votos, lo que, como es de suponer, da margen á grandes y frecuentes escándalos.

Contra toda ley evangélica se tolera que vivan en concubinato personas que quisieran salir de él, y si no lo hacen es á causa de su extrema pobreza.

Ayer mismo se presentó al reverendo Fernández, encargado de las dispensas en esta curia, un joven procedente de cierto Instituto religioso, y quien solicitaba la entrega de la dispensa de votos, llegada ya de Roma.

La dispensa del aludido presbítero está en poder del reverendo Fernández, pero éste negóse rotundamente á entregarla diciendo que antes debía abonar el interesado la suma de 37 pesetas y algunos céntimos.

En este caso de avaricia eclesiástica concurre la circunstancia agravante de hallarse en cinta la mujer con que desea contraer matrimonio el aludido clérigo. Este desea legalizar su situación y convertir en esposa á la que hoy es su concubina; y en la curia eclesiástica, lejos de facilitársele los medios para la realización de tan laudables propósitos, máxime estando como está ya despachada en Roma la dispensa de votos, se le ponen obstáculos, ¡todo por 37 miserables pesetas!

Y que se muera el padre, y que se muera el hijo, y que se muera el espíritu santo.

¡37 pesetas!
Luego hablaremos de Dios y de lo otro.

Se dice con fundamento que el Alcalde ha presentado la dimisión... ¿Qué ha pasado? Voy á ver si yo lo invento.

ENTREVISTA

celebrada entre el Sr. D. Fernando de Checa y Sánchez y D. Eduardo Ybarra, alcalde de Sevilla y jefe del partido conservador de ídem, respectivamente.

D. EDUA. ¿Qué le trae á usted por aquí, señor don Fernando?

CHECA. Acabo de sufrir, Sr. D. Eduardo, una derrota moral en el Ayuntamiento... Mi dignidad, mi probidad, mi castidad, mi autoridad, han sido desconocidas, ultrajadas...

D. EDUA. ¿Y viene á anunciarme su dimisión de la Alcaldía?

CHECA. (Sonrojándose.) No creo que se necesite. No obstante, si usted, como jefe nato de la agrupación conservadora sevillana, cree indispensable... (Saltán dos lágrimas) presentarme mi dimisión... (Echándose á llorar.)

D. EDUA. (Hablando en verso sin darse cuenta, porque no es poeta, sino ganadero.)

Fernando, no se entristezca. Seque, por Dios, ese llanto, que aunque grave me parezca, la cosa no es para tanto.

CHECA. (Jimoteando.) Es horrible mi situación, Sr. D. Eduardo. He tenido tanto acierto durante mi gestión administrativa, que hasta el coro de vírgenes que venía haciéndome la resaca me ha abandonado. Ayalita, mi pierna derecha, se me ha marchado. Y aunque Realito, mi pierna izquierda, continúa siéndome fiel, temo que también me abandone. Por esta parte he quedado cojo. Si vamos á las manos, mi derecha, que es Villagrán, se ha ahogado en el negocio de las aguas. Quédame únicamente la mano izquierda, Cañalito. ¿Y qué hago yo con Cañalito, que no pasa de ser un muchacho educado para hacer inscripciones lapidarias?...

D. EDUA. (Sigue hablando en verso, corto y ceño, sin darse cuenta.)

Es tris e su situación, y cualquiera en su lugar pensaría en presentar muy pronto la dimisión.

CHECA. (Entristeciéndose.) ¡Si ya lo he pensado! Pero... ¡me cuesta tanto trabajo abandonar este Olimpo en el que mi vanidad de hombrecillo me tiene tan satisfecho!—Si usted creyera oportuno que me dieran una satisfacción, se lo agradecería en el alma.

D. EDUA. Bien, bien. Lo pensaré. (Aparte.) ¡Ni Dios le arranca á este muchacho la Alcaldía!

Dice *El Porvenir* de hoy:

«Dos conocidos jóvenes visitan nuestra redacción para manifestarnos que por tirar un cohete en la calle San Isidoro, frente á la iglesia, dos señoritas que se hallaban en un balcón los insultaron, no comprendiendo que tirar un cohete sea un motivo para insultar á nadie.»

Efectivamente. Pero tampoco esa tontería es motivo para visitar la redacción de un periódico y para que éste se lo cuente á sus lectores.

Siguiendo ese camino, llegará un día en que los chiquillos, cuando sus papás les zurren, vayan á la redacción de *El Porvenir* á decirle á sus redactores:

—Pongan ustedes en el periódico que nuestros papás nos han pegado.

Y... la verdad, ¡eso no vale cinco céntimos!

CARRASQUILLA.

La invasión mística

La palabra siempre elocuente del batallador exministro conservador Sr. Romero Robledo ha tenido acentos admirables para fustigar cruelmente á esos enemigos de España, renegados de la cultura y avanzada místico hipócrita de posible y aun probable invasión extranjera. Ni comulgamos ni confesaremos en la religión que preconiza el antiguo lugarteniente de Cánovas del Castillo en sus aspectos político y religioso, pero admiramos la valentía con que ha condenado la dominación jesuítica y clerical que todo lo invade, que todo lo absorbe, que todo lo domina.

Los jesuitas, los ignacianos, no tienen concepto ni idea de patria, condenan los vínculos de familia y no tienen más objetivo en el mundo que el engrandecimiento de la Compañía y la dominación universal de su secta. Los pueblos complacientes, los gobiernos débiles, los estados anémicos son campo abonado para la prosperidad de esa asociación que vive del misticismo y que, á expensas del temor al infierno y del miedo á un Dios vengativo y cruel, explota á los pueblos y dominan las conciencias ante el temor del fuego de Satanás y de los tormentos que amenazan á los condenados.

Niegan la ciencia y sus inmutables principios, condenan la civilización y los progresos humanos, anatematizan la libertad, atribuyendo sus conquistas á Satanás y á los malos espíritus, porque ante un pueblo despierto á las modernas conquistas les falta el terreno y se abre el abismo á sus plantas.

Cuando los pueblos han sentido su influjo han caído en la más rebajada de las abyecciones; se han convertido en esclavos, han sido cobardes y han perdido toda noción del honor, y sólo un egoísmo místico y un arrobamiento hipócrita les ha conducido á los más degradantes vicios y á las más viles pasiones. Alucinados por la idea de la salvación eterna, se han hecho holgazanes, han perdido la noción de patria, la idea de la familia se ha disipado, y sólo atentos á su salvación eterna y á los goces paradisiacos han renunciado á toda moral humana y á toda acción noble y digna.

La langosta absorbe nuestros campos y tratamos de destruirla; las alimañas destruyen nuestra labor y hacen presa en las aves y en los animales que son útiles al hombre, y para destruir las se preparan batidas, se ponen lazos, se utilizan todos los recursos de que disponemos para buscarlos y destruir sus nidos y sus camadas, y se otorgan premios á todo aquel que presente las cabezas de los dañinos animales, que obran así porque la naturaleza les puso el sello de la destrucción, les marcó con el estigma de vivir á expensas del daño, no tienen culpa, obran por instinto y á su instinto dañino obedecen, y sin embargo les perseguimos hasta con crueldad y no tenemos compasión para ellos.

El convento, condenado por la higiene, reprobado por la naturaleza, que atenta á la salud y á las buenas costumbres, que significa la barbarie y el retroceso, representa en la vida social á las alimañas y á los animales dañinos que destruyen la labor del hombre, que hacen estéril su trabajo y que en lo moral y en lo relativo á los intereses les causa horribles perjuicios, merece mayor castigo que esos pobres cuadrúpedos y esos brutos de la escala zoológica que tanto condenamos y á los que cruelmente sacrificamos á nuestras conveniencias y á nuestros intereses.

El jesuita, el fraile, la hipócrita hermana, el cofrade y toda esa legión de regulares de uno y otro sexo, son la degradación moral más irritan-

te, pero son también comerciantes que explotan pedigrúes que obtienen concesiones y que sacan el dinero con admirable frescura, valiéndose de un misterio de la divinidad, ó invocando el mejor servicio de Dios ó de algún santo. Desde la industria de implorar la caridad pública hasta el medio de tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, ni se paran en nada ni se contienen ante respetos, ni ante leyes divinas y humanas.

Son fabricantes, agricultores, industriales, comerciantes, contratistas de servicios públicos, acaparadores de negocios intelectuales, y explotan la enseñanza como obtienen los privilegios de cualquiera industria.

Ellos no pagan contribución por ningún concepto, ni están sujetos á las gabelas con que el fisco nos abruma de continuo. Hacen la competencia en toda clase de negocios, y como tienen la protección del Gobierno, y como no contribuyen á soportar las cargas públicas, y como los transportes, si les cuestan algo, es una tarifa mínima y exclusiva para ellos, obtienen pingües ganancias y arruinan la industria particular.

Así nuestra industria marcha en dirección paralela con nuestra falta de cultura; nuestro comercio se resiente, se merma nuestra población, la agricultura se reduce y llegará á quedar inculto nuestro suelo si esto dura mucho. Son la guadaña que siega, la langosta que destruye, y el usurero ó el judío que recoge lo poco que nos queda.

La plaga que arrasa el campo y el incendio ó la inundación que destruye las ciudades, y el bárbaro conquistador de edades que fueron, que invade el territorio sagrado, sujeta á la cadena á los naturales y destruye honra, libertad, vida y costumbres.

Son las furias de la naturaleza, no con la grandeza de las grandes catástrofes, sino con la vileza de las hipócritas malas pasiones.

La voz elocuente del antiguo revolucionario, la admirable palabra del conservador de la restauración, no basta, no, es sólo un topé de atención, inspirado por quien no puede ser sospechoso, pero se necesita algo más: es preciso que las palabras se traduzcan en hechos. Bueno es que coincida con los que siempre hemos predicado esas ideas y que por humanidad, por patriotismo y por amor á la libertad, á la democracia y á la salud y á los intereses del país, lo hemos sacrificado todo.

El clericalismo es el enemigo. Loyolas, frailes y monjas, hermanucos y beatas. Místicos é hipócritas. Fanáticos y devotos, esos son los explotadores y los enemigos. Contra todos debemos dirigir nuestra acción hasta destruirlos y aniquilarlos; que ni seremos dignos, ni seremos libres, ni seremos honrados, mientras dentro de casa nos dejemos desbalijar por esas gentes extrañas que nos han conducido á la servidumbre y nos han hecho retrogradar tres siglos.

Esos son los enemigos de España y los aliados del régimen. Esos son los causantes de las guerras coloniales y los que han arruinado al país, arrojando la honra de España al lodo; esos son los explotadores de la industria, del comercio y de todo lo que es fuente de riqueza; esos las alimañas que han cerrado nuestros campos y los que han comerciado con nuestro honor y con nuestra dignidad; esos son los que explotan á los hombres valiéndose del nombre de Dios, y matan al cristianismo mixtificando las doctrinas de Cristo.

Esos son los malvados, los falsos, los hipócritas, los depredadores, los tiranos. Esos son, en fin, los enemigos de España, los detractores de la libertad y los explotadores del pueblo.

A. A.

El violín mágico

En el último piso de la casa vivía un muchacho con el rostro flacucho, los ojos muy negros y la frente hermosa. Vestía mal porque era pobre, y reía poco porque era bueno. Y un hombre que además de no tener dinero es bueno, y además de no tener dinero y ser bueno es poeta, no tiene gana de reír por nada de este mundo. No cabe la menor duda de que en las grandes ciudades se vive en un aislamiento tristísimo; al revés que en las aldeas, donde todos se conocen, se amparan fácilmente y se sabe que fulano está hambriento ó que Zutano se acaba de tomar una indigestión. Quiero decir que los vecinos no conocían al habitante del último cuarto, porque además apenas salía de casa. Por las noches resonaba allá en lo alto la vibración suave de un violín: era casi siempre la misma pieza musical. Su canción favorita, su alma de músico suspirando estremecedora en las cuerdas

como el viento de la tarde en las verdosas cañas de las mieses....

Y así pasaba las soledades.

Una mañana, cuando bajaba las escaleras, encontró á una machacha muy linda, con la cara risueña y los ojos esmeralda y alegres. Se quedó encantado y se le metió por todos los sentidos aquella mujer. Iba por la calle recreándose con el recuerdo de aquella amabilidad con que la saludó. Y escuchaba por todas partes: «¡Muy buenos días, caballero!»

Era aquello una dulce obsesión de músicas, porque las palabras vibraban deliciosas en los oídos como tintineos lejanos de una copa de cristal.

Hasta que, por último, se sintió completamente dichoso. La fiesta de unos amores de le cosquilleaba el alma y sentía la felicidad de una vida rodeada de horizontes luminosos. Se quedaba triste únicamente cuando la duda le mordía venenosa. ¿Le querría ella, tan linda, con aquellos ojos de paisaje diáfano y cuerpecito delgado y sutil?

Luego la idealizó hasta el extremo de que ya no la veía tal como era, y esto le perdió precisamente. La vió como á través de un cristal mágico, más bella todavía, con una voz más impresionable y voluptuosa. Todo lo cual le entonteció por un exceso de placer espiritualísimo. Y un día, cuando ella le llamaba vecino, ya se detuvo para saludarla.

—¿Con que es usted nuestro violinista?

El, después del saludo, no sabía qué contestarla.

—Hace tiempo que no le oigo á usted más que la misma obra musical. Es verdad que es muy bonita, muy triste....

Pero él, en un exceso de timidez, perdió aquella ocasión que se le presentaba, y después otra y otra, hasta que se le atrofió la osadía y se le metieron los amores en un rincón muy escondido del alma. Desde entonces fué hombre muerto para la vida de corazón afuera.

Cuando la veía, la dejaba hablar, reír, moverse, como se oye, ó como se oíría de él, que era músico, un concierto de instrumentos desconocidos. Y una noche oyó unos golpecitos en la puerta; pero cuando abrió ya no había nadie, aunque aseguraba que unos pasos ligeros habían huído por las escaleras. Hasta que concluyó en visionario y enfermó del corazón. Solo era dichoso. E igual que aquel misántropo, no hubiera tenido inconveniente en poner á la puerta de su casa un letrero que dijera: «Hombres: hablad de mí todo lo mal que queráis, pero alejados.»

De este modo concluyó por no salir de su cuarto y un día le echó en falta la hermosa vecina. Todas las noches sonaba el violín á través del silencio y había callado instantáneamente. ¿Estaría enfermo el pobre muchacho?

Y cuando la linda mujer consiguió de su madre que subieran á verle, ya le encontraron muerto. Delgadas las facciones, los párpados caídos, blanco como el yeso, todavía se destacaba de la blancura de la alcoba.

Las dos mujeres dieron un grito y llamaron á voces en la escalera. Pero se quedaron absortas cuando oyeron tocar el violín allá dentro, sonando lentamente, hilo á hilo musical, como un quejido de nembra. Calló después y entraron, por último, recelosas de miedo, de superstición. Y el violín estaba colgado sobre la cabecera de la cama, con más inmovilidad (si cabe) que cuando vivía su dueño. Solamente cuando la preciosa vecina se aproximaba, el instrumento gemía aquellos vagos gemidos de otras noches....

Pero nadie, apesar de verlo, lo creía. Tenemos una civilización grandiosa que explica á su modo algunos hechos extraños y nos convence científicamente de ellos. Así es que lo tomó á dilatación especial de las cuerdas ó á fenómenos de las ondas sonoras. Pero aun siendo verdad esta explicación científica, ¿no es cierto que es hermoso el suceso y que da gusto en pensar en ciertos misterios?

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

De actualidad

LAS REFORMAS POR DECRETO

El Liberal lamenta la multiplicidad de las reformas de enseñanza.

Debe acabar la costumbre de legislar por decreto en este importante ramo.

El Imparcial, para juzgar la obra de Alix, invita á los catedráticos á que emitan su opinión.

UNIÓN NACIONAL

La prensa publica una circular de la Unión Nacional de Madrid, aconsejando el pago y retirandola adhesión á Paraiso.

DE SAN SEBASTIÁN

Silvela ha declarado que abrirá las Cortes á fines de Octubre ó primeros de Noviembre.

Presentará los presupuestos, creyendo que faltará tiempo para aprobarlos.

Aceptará los conciertos económicos con las provincias que lo soliciten.

Conferenciaron Silvela y Delgado, conviniendo en aplazar el restablecer las garantías en Barcelona.

LAS CORTES

Habla *La Correspondencia* de la posibilidad de que siga la actual legislatura para evitar la elección de presidente y derrota de Villaverde, pues las oposiciones unidas votarían á Pidal.

COSTA Y PARAÍSO

Costa ha negado la existencia de la carta de Paraiso, ni se escribirá.

LABODA DE LA INFANTA

El Español defiende el casamiento de Caserta y la princesa y espera que Sagasta no lo combatirá resultadamente.

MARINA

El Boletín del Ministerio de Marina publica las recompensas de la Armada por el combate de Santiago de Cuba.

Concede el uso de la Medalla de Filipinas á las fuerzas de la última campaña.

ROMERO ROBLEDO

En el Círculo romerista, Romero pronunció un discurso.

Afirmó que cuenta con la opinión del país. Devuelve la frase de Silvela diciendo que con esta atmósfera vive.

Ratifica sus discursos anteriores. Aconseja á sus amigos unirse y prepararse para la paz y los simulacros de batalla.

Advierte á la monarquía que tenga cuidado, pues no vivirá sin la opinión.

Condena que sólo se den cargos á quienes ostentan títulos nobiliarios, que él rechazó. (Grandes aplausos).

EXPLOSIÓN

En la aldea de Moret (Cáceres) ha hecho explosión la fábrica de productos químicos de D. Carlos Amusco, resultando cuatro muertos y dos heridos.

CUESTIÓN PERSONAL

Hay pendiente un desafío entre Moriano, yerno del general Dabán, y el periodista Romeo. Son padrinos del primero el general Castellani y el coronel Banguero.

CADÁVER

En una habitación de la casa número 15 de la calle del Olivar ha sido encontrado el cadáver de una mujer joven, en completa descomposición.

La puerta estaba cerrada. Supónese que se trata de un suicidio, pero se busca al amante.

Vivía sola.

DE CHINA

En Berlín se ha recibido telegrama del emperador de China, lamentando el asesinato del embajador alemán y ofreciendo buscar á los culpables y castigarlos con severidad.

**

Los rusos cometen crueldades contra los chinos.

Embarcaron trescientos é incendiaron el buque: todos perecieron.

Un edicto imperial confirma que los diplomáticos residentes en Pekín están salvos.

**

Declarada oficialmente la guerra entre Rusia y China.

En las cercanías de Moscú hay movilizados medio millón de hombres.

Envíanlo paulatinamente. Rusia propónese asegurar la posesión de la Manchuria, de acuerdo con el Japón.

TRANSWAAL

En Londres la opinión indignada considera que Roberts ha fracasado á las puertas mismas de Pretoria.

Los boers han hecho descarrilar un tren. Dewet ha vuelto á la situación primitiva, sin estorbárselo el ejército inglés.

LA HIGIENE

CUENTO

Un día se encontraron frente á frente la Salud y la Enfermedad, cosa que jamás había sucedido; la Salud coloradota, fresca alegre, la Enfermedad pálida, morada y triste....

Se midieron una á otra con la mirada, sorprendidas de aquel inconcebible encuentro, é iban á pasar de largo sin saludarse, cuando la Salud, agarrando la vieja túnica de la Enfermedad, le dijo de este modo:

—Sólo por vuestra odiosa fama os conozco; y ya que os hallo en el mundo, ¿queréis decirme, señora, por qué os gozáis en hacer daño? ¿Os divierte acaso contemplar esos torrentes de lágrimas que hacéis correr donde quiera que vais, ó es música grata á vuestros oídos los desgarradores ayes de los que yacen en el lecho del dolor?

—¿Eso creéis?—contestó la Enfermedad con voz débil.—¿Os figuráis que persigo á los humanos para martirizarlos? Muy lejos de eso, ellos me buscan á mí. Nosotras, que tantas veces hemos luchado en la sombra, sin vernos nunca, ¡qué de esfuerzos no habéis hecho por arrebatarme muchas víctimas, y éstas en vez de secun-

daros se arrojaban frenéticas en mis brazos!

—¡Falso!

—Os probaré esta verdad; viajemos juntas y observaremos.

—Acepto; en marcha, pues.

Encamináronse hacia un pueblo que se distinguía á lo lejos; cerca de él había un gran pantano sobre cuyas aguas arrojó su méfítico aliento la Enfermedad. Comenzaba á anochecer, y entonces se vieron revolotear sobre la verdosa superficie del agua multitud de brujas amarillentas que echaban fuego por los ojos.

—¿Qué asqueroso enjambre de fantasmas es ese?—preguntó la Salud disgustada.

—Las *fiebres Pálidas*—contestó la Enfermedad.

—¿Si yo pudiera exterminarlas!

—Vos no podéis, pero los hombres, sí.

—¿Y de qué manera?

—Desecando ese pantano.

—¿Y por qué no lo han hecho ya?

—Porque eso cuesta dinero, y el que debieron haber empleado en esa obra lo invirtieron en construir una magnífica plaza de toros. En ese pueblo sufren hoy paludismo cuarenta y seis vecinos; pero en cambio, todos los años presenciaban alguna cogida en la plaza.... Váyase lo uno por lo otro.

Llegaron al pueblo ya de noche y á tiempo que dos rondallas rivales acababan de encontrarse en un callejón sin salida.... De pronto se oyó un infernal estrépito de palos, guitarras, cristales rotos, risotadas, blasfemias y aullidos, que más parecían de fieras que de seres humanos....

Se dispersaron los contendientes; las dos viajeras reconocieron el campo de batalla y encontraron en él un muerto y tres heridos.

—¿Véis cómo me buscan?—dijo la Enfermedad.

—Pero ¿por qué esos gánapiros se han puesto en estado tan lastimoso?

—¡Qué queréis! La falta de cultura.... la ceguera del amor brutal....

—¡Pobre Cupido! ¿Seréis capaz de acusarle de ese desastre?

—Y de otros muchos; no los enumero por decencia, pero sabed que Cupido y su mamá Venus son en ciertos casos mis secretarios particulares.

Mientras la Salud, sumida en tristes meditaciones, bajaba la cabeza, sonreíase la Enfermedad, enseñando una dentadura amarilla y cariadada.

A poco más de mediodía llegaron á una gran población.

—Aquí estoy como en mi casa—dijo la Enfermedad—y os desafío á que halléis en esta populosa ciudad ni un solo partidario vuestro.

—Precisamente—contestó la Salud—en estos grandes centros de la actividad humana moran las personas instruidas y sensatas.

—Allá veremos—murmuró su compañera de viaje.

Y lo primero que hizo fué entrar en un portal, subir hasta el piso quinto (con entresuelo) y penetrar en un elegante tocador donde había una joven que acababa de abandonar el lecho.

Recorrieron después otras casas; y terminada su visita á la populosa ciudad, convinieron en que también allí estaba descuidada la higiene.

De donde resulta que á esta señora no suele prestársele grande atención ni en la ciudad, ni en la aldea.

D. B.

LA CORRIDA MIXTA DE AYER

Fué un tantico aburrida y otro tantico emocionante.

Antonio Ortega *El Marinero*, que vestía traje color de ilusión con adornos de oro, hizo en su primer toro cuanto puede hacer quien cuenta ya sus años y sufre, además, una afección que le imposibilita usar con presteza de las piernas para defenderse de las acometidas de la res.

El Marinero probó en su despedida del público sevillano, que aún le quedaba algo, bastante de aquella vergüenza torera que tanto le distinguió cuando joven y con ilusiones en el alma—no en el color de la tela del traje de luces—recorrió triunfante todas las plazas de España.

Ayer acabó en Sevilla su vida torera (y milagrosamente no acabó con la otra vida el segundo toro que le cogió contralas tablas): fué despedido con aplausos cariñosos que no se convirtieron en ovación entusiasta á causa de la impresión que causó su aparatosa cogida y la del *Potoco*. Afortunadamente, para ninguno de los toreros gaditanos tuvo graves consecuencias, aunque el sitio por el que fué alcanzado éste último diestro y la forma en que le retiraron á la enfermería hizo creer que había resultado herido de consideración.

A nuestro juicio, el presidente tuvo gran acierto ordenando la retirada al corral de aquel *pajarraco* con el que no podía, á causa de su absoluta carencia de facultades, *El Marinero*.